

- que es del fuego, es el amor, en cuya ardiente pasión, para vengar los desvelos de los humanos, los celos fieras salamandras son; que agua, fuego, tierra y viento tanto inficionando aquejan con su aliento que no dejan privilegiado elemento.
- ORDOÑO. Mal encubre la experiencia que es esta su enfermedad.
- LINDA. Diciendo estoy la verdad en el potro de la ausencia, que aunque á voces la confieso, después que sin él me vi, ya me trae fuera de mí como es dolencia del seso; aunque á veces me confía el mismo amor y valor del Conde.
- ORDOÑO. Siempre el temor ser de amor sombra porfia; pero para que no salga con la suya, es menester la imaginación vencer, y que del tiempo se valga divirtiendo el pensamiento el discursivo rigor.

ESCENA V

Sale ORTUÑO.—DICHOS.

- ORTUÑO. Aquí está el embajador de Castilla, con intento de hablarte, porque ha venido á la audiencia que le has dado para este día.
- ORDOÑO. Cansado este embajador ha sido, tantos desengaños viendo y tanta esquivéz mostrando, en irle así dilatando lugar de escucharle.
- ORTUÑO. Entiendo que con la resolución hoy volverse determina á Castilla.
- LINDA. ¡Peregrina castellana obstinación!
- ORDOÑO. Aquí quiero darle audiencia, porque con más brevedad, viendo de tu voluntad y la mía la experiencia, se canse y se desengañe y dé la vuelta á Castilla. Entre, y llegadle una silla. *(Vase Ortuño.)*
- LINDA. Hoy para que te acompañe en esta audiencia me obliga sólo tu gusto, que estoy obligada al que te doy; porque de ver que prosiga este embajador grosero con tan cansada embajada, me tiene, Ordoño, cansada.
- ORDOÑO. Que hoy quedés con gusto espero.

ESCENA VI

Sale el Conde GARCÍ-FERNÁNDEZ.—DICHOS.

- GARCÍ. A Vuestras Altezas beso los pies.
- ORDOÑO. Guárdeos Dios; tomad asiento y después hablad.
- GARCÍ. Porque sé lo que intereso en el servicio del Conde de Castilla, mi señor, solícito embajador parezco.
- ORDOÑO. Cuando responde de su embajada al intento el mismo suceso, está respondido el Conde ya.
- GARCÍ. Sólo deste casamiento que forme quejas ahora me manda el Conde; pues viendo la ventaja que está haciendo á un vasallo, la señora Infanta niegas á un Conde de Castilla.
- ORDOÑO. Embajador: al mérito del valor igual merced corresponde. Y como yo me he preciado de justiciero en León, con esta satisfacción los servicios he pagado de un vasallo tan valiente, demás de que su apellido dos veces ha merecido ser heroico descendiente de nuestra casa Real. Esto al Conde responded, y que tengo por merced el deseo.
- LINDA. En caso igual, también puede ser porfia.
- GARCÍ. Con ese nombre se infaman las finezas de los que aman con poca dicha.
- LINDA. La mía, tan grande ha venido á ser, que con las demás estoy grosera.
- GARCÍ. Corriendo voy por los celos, hasta ver mil veces mi desengaño; y cada vez que le veo nace de nuevo el deseo y pasa adelante el daño.
- SOL. *(Dentro.)* Dejadme entrar, no me impida de todo el mundo el rigor, que me va en ello el honor, que es mucho más que la vida.
- ORDOÑO. ¿Qué es eso?

ESCENA VII

Sale ORTUÑO.—DICHOS.

- ORTUÑO. Una peregrina, y peregrina mujer que contra todo el poder

- de nosotros determina entrarse furiosa á hablar.
- ORDOÑO. Pues llega tan rigurosa, con razón viene quejosa, sin duda; dejalda entrar.
- ORTUÑO. Tanto valor ha mostrado, que ella se ha entrado primero.
- ORDOÑO. Escuchar sus quejas quiero, pues hoy estoy obligado, como rey, por justa ley, á no esconder las orejas á la justicia y las quejas, ó he de dejar de ser rey.

ESCENA VIII

Sale DOÑA SOL con el cabello suelto.—DICHOS.

- SOL. Escúchame atentamente, rey Ordoño de León, á quien llama el justiciero el hemisferio español, si es que te precias de serlo, ó para mí faltan hoy todas las cosas que pueden ser, Ordoño, en mi favor, y alcanzará la fortuna el imposible mayor si á quien eres faltas tú, porque sobre al mundo yo. Yo soy, aunque no quisiera después que sin honra estoy, de don Manrique de Lara, su heredera doña Sol. Imagino que esto basta para decirte quién soy; que don Manrique en Castilla es el último blasón. De visitar desde Burgos á pie, en el traje que voy, pidiendo limosna, hice voto al gallego patrón desde una borrasca, adonde golfo lanzado corrió al mar, de una enfermedad la vida leño veloz. En cuya fe, como en tabla, parece que me sacó al puerto de la salud esta piadosa intención. ¡Pluguiera á Dios que primero muriera! ¡Pluguiera á Dios, Ordoño, que hubiera estado el cielo sordo á mi voz!; que á veces sirve la vida, á quien más la deseó, de dar armas á su ofensa y á la desdicha ocasión. Daba la vuelta á Castilla dando al cielo que me dió lugar para visitar del Apóstol español el sepulcro, inmensas gracias, con la autoridad y honor de criados, que importaba á mi persona, aunque voy

- á pie, y limosna pidiendo, con esclavina y bordón, cuando, entre el Miño y el Sil encontré al ponerse el sol del Conde don Lisuardo un cortesano escuadrón, que para tratar tus bodas iba por embajador á Inglaterra. Llegamos otra compañera y yo, doncella mía, á pedille limosna, que ambas á dos íbamos del mismo modo vestidas, con el valor, devoción y honestidad que pedía el ser quien soy, mi estado, mi pensamiento y la peregrinación. Pero poco importa todo, si este monstruo, este escorpión á quien llaman hermosura (veneno fuera mejor), este basilisco humano, esta esfinge que nació para vender á su dueño de un parto con la traición, esta breve tiranía, esta lisonjera flor de la maravilla, aquesta breve mortal ambición para romper del respeto los privilegios que dió la cortesana hidalgua, no hubiese dado ocasión. ¡Mal haya amigo tan falso! ¡mal haya bien tan traidor, tan villana tiranía, tan costosa adulación! El Conde, al fin...
- LINDA. ¡Ay de mí! Del aire pendiente estoy.
- SOL. Al fin, el Conde, resuelto con las alas del furor, libre como el apetito, y ciegos ambos á dos, si mudos para el agravio, sordos para la razón, sin discursos, sin memoria de que hay justicia, trazó la más fiera alevosía que usó humano corazón; que gustos desordenados de poderoso ofensor, atropellando á su dueño, corren á la posesión. Al fin, el Conde, aquí tiemblo, aquí me falta la voz, aquí el aliento me falta...
- LINDA. Y estoy sin sentido yo.
- SOL. Haciendo pasar delante sus criados, eligió cinco, que con él vinieron á tan infame facción, y con desnudas espadas al camino nos salió, con bandas, como los cinco cubierto el rostro traidor.

Salteadores bien nacidos
imaginamos que son,
y con corteses palabras
llego á reportarlos yo;
cuando, descubriendo el Conde
el aleve rostro, dió
muestras de su infame intento
con ciega resolución.
Yo, con el valor de Lara,
remito altiva al bordón
la defensa de mi ofensa.
Pero ¿qué importa el valor
cuando la desdicha es más,
cuando el poder es mayor,
el apetito es campal
y está ciega la razón?
Una punta de su espada
en la frente me alcanzó,
cuando más mezclada andaba
la batalla de mi honor.
Sentí en los ojos la sangre,
y en el flaco corazón,
como, al fin, de mujer hizo,
más que la herida, el temor.
Ciega de la sangre, en tierra
el honor conmigo dió,
que siempre fué mal agüero
sangriento eclipse en el sol.
A este tiempo, entre los brazos
á recibirme llegó,
con piadosa tiranía,
con tirana presunción,
donde, haciendo á los demás
que se aparten, comenzó
á regalarme lascivo,
á enlazarse adulador.
Si con la boca me limpia
la sangre, con el dolor
fingido, lágrimas vierte,
que de cocodrilo son.
Yo, sin aliento, sin alma,
ni oigo, ni siento, ni estoy
para resistirle, y loco,
ciego y tirano intentó
mi desventura, mi infamia,
mi deshonra.

LINDA.
SOL.

¡Muerta soy!
Y como en el apetito
que no es legítimo amor
suele el arrepentimiento
seguir á la posesión,
con la misma tiranía
en el campo me dejó
llena de sangre y de afrenta,
tan desdichada, que doy
quejas al cielo de verme
con la vida en la ocasión
que pudiera ser la herida
penetrante, porque yo
con la vida juntamente
matara mi deshonra.
Pero, quedando con ella,
vengo á pedirte, señor,
justicia de aqueste agravio,
castigo de esta traición.
¡Justicia, Ordoño; justicia,
por quien eres, por quien soy,

que no es bien que falte en ti
por privanza ni pasión!
Y cuando falte, á los pies
me iré del Emperador,
que tiene sobre los reyes
cesárea jurisdicción.
Y si él remiso estuviere,
me iré al Papa, y cuando él no
me quisiese hacer justicia,
por eso en el cielo hay Dios.
Demás de que tengo deudos
en Castilla y en León,
que sabrán tomar las armas
en defensa de mi honor.
Que el Conde Garci-Fernández,
Conde en Castilla lo es hoy
tan mío, que somos hijos
de dos hermanos los dos,
y vendrá de mejor gana
á volver por mi opinión
con las armas que á pedirte
el caballo y el azor.
Y cuando por desdichada
en ninguno halle favor,
para vengarme yo misma
y tomar satisfacción,
pedras pediré á la tierra,
al mar pediré furor,
alas al aire, y al fuego
rayos que arrojando estoy;
á las víboras veneno,
á los áspides rigor,
ojos á los basiliscos,
al infierno obstinación.
Y entretanto morderé
la tierra que esto sufrió,
como una perra con rabia,
como una bestia feroz,
sin osar alzar al cielo
sino es la imaginación;
que doña Sol afrentada
no es justo que mire al sol.

(Arrójase á los pies del Rey y levántase
el Conde.)

ORDOÑO.
GARCI.

¡Raro sucesos!
Hasta aquí,
Ordoño, he representado
otra persona, llevado
del celoso frenesí
de un amoroso cuidado.
De ser dejo embajador
celoso, amante y galán;
que cesan las del amor
cuando de por medio están
obligaciones de honor.
Garci-Fernández, el Conde
de Castilla soy, á quien
toca este agravio, por donde
se ha de restaurar también;
si al Conde el abismo esconde,
que está mi sangre agraviada,
en doña Sol y conmigo
por mayor deuda obligada.
Y así desde luego digo,
puesta la mano en la espada,
que don Lisuado, el Conde,
es cobarde y es traidor,

y á quien es no corresponde;
y que esto hará mi valor
verdad presto aquí y adonde
me diere el tiempo ocasión.
Y conforme al valor mío,
pondré con esta intención
carteles de desafío
en Castilla y en León,
en Francia, en Inglaterra,
en Italia, en Alemania;
sacándole, si se encierra,
como prodigio de Hircania
de las venas de la tierra.
De doña Sol la opinión,
teniendo deudos tan buenos,
verá con satisfacción,
porque por Lara no es menos
que una Infanta de León.

ORDOÑO.

Conde de Castilla, á mí
me toca, como á su Rey,
la satisfacción, y así
por la justicia y la ley,
seré lo que siempre fui.
Pues me llama el justiciero
León, con mi obligación
cumplir como debo espero,
cuando fuera de León
el Conde sólo heredero.
Y entretanto á Sol tendré
de la Infanta en compañía,
y su honor satisfaré,
como el de la hermana mía
quede juntamente en pie,
que, como es público, ha dado
la mano al Conde de esposa,
que no es pequeño cuidado,
en que el alma temerosa
y confusa ha vacilado.
Mas todo lo facilita
la justicia y la prudencia,
porque el Rey que á Dios imita,
con humana providencia
lo que importa solicita.
Este caso pide más
atención que otro ordinario,
que pienso que igual jamás
se ha visto, y es necesario
ir, Conde, con el compás
de la prudencia midiendo
la justicia y la ocasión,
á quien acudir pretendo
con tanta satisfacción
como siempre en mí están viendo.
Vos á Castilla os volved,
Conde, hasta tanto que sea
ocasión, y agora haced
que esto más secreto sea,
que es hacer á Sol merced,
hasta que el Conde haya dado
de Inglaterra á León
la vuelta, y perded cuidado,
que yo tomo su opinión
por mi cuenta.

GARCI.

Confiado
en esa palabra quiero
á Burgos la vuelta dar,
adonde tu gusto espero

obedecer y esperar
al Conde.

ORDOÑO.

El es caballero
tan valiente, que la cara,
cuando sin rey estuviera
y vasallo no se hallara,
á ninguno no escondiera
de los Manriques de Lara;
pero las armas aquí,
Conde, no han de sentenciar
lo que me compete á mí.
La justicia, que en lugar
de Dios resplandece en ti. (Vase.)

GARCI.

ESCENA IX

DICHOS, menos el Conde.

BLANCA.

¡Qué lastimoso suceso
en tan divina belleza
y en tal beldad!

LINDA.

Dios te guarde,
mujer, cualquiera que seas;
retíradla.

ESCENA X

Sale RELOX con fieltro y botas.—DICHOS, menos
DOÑA SOL.

RELOX.

De tus bellas
plantas los chapines beso
y en los copos de la densa
nieve de las blancas manos,
pongo este pliego que espera
porte como de una Infanta
que pretende ser Condesa.

LINDA.

RELOX.

¿Quién eres?
¿No me conoces?
¿Tan presto se olvidan prendas
de lo que se quiere bien?
¿Posible es que no se acuerda
de Relox, lacayo suyo,
en tres semanas de ausencia?
¿el que te habló á la partida
y al que con tanta ternura
del Conde, encargaste entonces
la brevedad á la vuelta?
El mismo soy; aquí vengo
en figura de estafeta
con botas hasta las ingles
más altas que una cuaresma
por Marzo, y Dios sabe cómo
traigo las asentaderas,
que dejo al Conde embarcado
en la Coruña, y con estas
cartas me despachó, y quiere
que al desembarcarse vuelva
á recibille, señora,
de tu salud con las nuevas.
Relox soy; yo soy Relox.

LINDA.

RELOX.

Relox: en mal hora vengas.
Por cierto buenas albricias
para quien viene por ellas
de posta en posta, sin tripas
más de cuarenta y seis leguas.

¡Mal haya el hombre que fía después que una vez se ausenta, en Infantas ni en rocines!
 LINDA. ¡Hola! colgad de una almena á este villano.
 RELOX. ¿Qué dices?
 ¿Hablas de burlas ó veras?
 LINDA. Presto lo verás, infame cómplice de mis ofensas, que en las cartas de ese ingrato me traes víboras por letras.
 RELOX. ¡Yo he llegado á muy buen tiempo para todas mis quimeras!
 ¡A linda ocasión, por Dios! Cuando pensé que me hicieran Conde en aquesta ocasión por albricias de estas nuevas y hallo tantas novedades.
 LINDA. ¡Hola!

ESCENA XI

Sale el REY ORDOÑO.—DICHOS.

ORDOÑO. ¿Qué voces son éstas? ¿qué tiene la Infanta?
 LINDA. Celos, que es la pasión más inquieta que priva del albedrío.
 RELOX. Yo pienso que está Su Alteza de aquella cabeza loca.
 LINDA. Antes, villano, estoy cuerda, pues que sé sentir.
 ORDOÑO. ¿Quién eres?
 RELOX. Un lacayo sin librea del Conde don Lisuardo, mi señor, que es la primera vez que se ha visto en su vida con botas y con espuelas, que dejándole embarcado en la Coruña, desea dar á Su Alteza este pliego y volver con la respuesta al desembarcarse el Conde; que hallé estas puertas abiertas y me metió el alborozo hasta los pies de Su Alteza, y cuando pensé salir con un juro para en cuenta de un título de Vizconde, me manda colgar.
 LINDA. En esa relación de tu camino, ¿cómo olvidas la Romera de Santiago?
 RELOX. Pues yo, ¿qué culpa tuve, ó qué pena merezco, si á mí y á Lauro, á Ramiro y á Fruela nos mandó volver con él; que nosotros en la empresa servimos de tenedor y él trinchó el ave?
 ORDOÑO. Confiesa sin tormento la verdad, y la información comienza

bien por esta confesión. Escribe, Ortún, de tu letra los nombres de estos criados del Conde, y á éste le metan donde ninguno entretanto ni verle ni hablarle pueda; y esté todo con silencio esto en Palacio.
 RELOX. ¡Que venga á sólo esto un desdichado por la posta tantas leguas sobre navajas, en silla, sobre tarascas gallegas!
 ORDOÑO. Llévadle.
 LINDA. Guárdete el cielo por el socorro que intentas dar, Ordoño, á mis agravios. El pecho, Linda, sosiega, que ha de ser tu esposo el Conde aunque se ponga la tierra de por medio, y de tus celos las ciegas ansias desecha, porque con el escarmiento de la suma de la pena culpas de la mocedad fácilmente se descuentan. (Ap.) Esta lisonja á la vida y al sexo de Linda es fuerza hacer con arte.
 LINDA. No mires, Ordoño, pues que descas ser católico Trajano, ser Numa español; las prendas del Conde, mi amor, mis celos, mi vida, mi honor, la misma sangre que tienes, que es mía, si á la justicia que enseñan las leyes de tus pasados has de faltar; pues sin ella falta el poder al poder, el decoro á la vergüenza, el miedo á la majestad, el amor á la obediencia. Desnuda, Ordoño, el estoque de la justicia, no pierdas el nombre hasta aquí ganado; muera el Conde, aunque yo muera. Ni la pasión te acobarde, ni la sangre te detenga; que eso es política, en fin, y en los Reyes que gobiernan más importa la justicia y para la paz la guerra. Esto, Ordoño, contra sí una loca te aconseja, que de llorar, solamente morir le queda de cuerda; aunque es grande la desdicha que la muerte le consuela. (Vase.)
 ORDOÑO. ¡Notable suceso ha sido! Síguela, Blanca.
 BLANCA. ¿Qué fiera pasión!
 ORDOÑO. Camina, lacayo.
 RELOX. ¡Oh, mal haya la Romera, que siendo ella la gozada padece Relox la fuerzal

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale Doña BLANCA y ORDOÑO.

ORDOÑO. ¡Blanca!
 BLANCA. ¡Señor!
 ORDOÑO. ¿Cómo está la Infanta?
 BLANCA. Tanto mejor, cuanto el agravio al dolor dando desengaños va; porque ella la misma ha sido en tan ciego pensamiento causa de su sentimiento, es de volverla el sentido; que estando la ofensa en medio en una honrada mujer, una propia viene á ser la enfermedad y el remedio.
 ORDOÑO. Bien dices, que en el amor lo que el tiempo no ha podido, agravios con el olvido curan de celos mejor. Hoy llega el Conde, en efeto.
 BLANCA. Que temo de la presencia nueva celosa dolencia; y como amor, es efeto, de los ojos con los ojos se aumentan, justos ó injustos, los agravios y los gustos las glorias y los enojos.
 ORDOÑO. Bien ha menester más vidas, sobre su rigor mirando, á quien están esperando dos mujeres ofendidas. El cielo me inspire el modo de suerte que, por codicia, ni pasión, á la justicia, no falte, que es faltar todo el bien de un reino sin vella.
 BLANCA. Quien en tan floridos años con tan altos desengaños ha merecido por ella el nombre que le da España, demás del mucho valor de sus aciertos, señor, la experiencia desengaña.
 ORDOÑO. Siempre he de ser el que fui.
 BLANCA. Su Alteza viene, señor.

ESCENA II

Sale la INFANTA, bizarra.—DICHOS.

ORDOÑO. La causa de su dolor me tiene, Blanca, sin mí, cuando la pena la tiene con sentimiento tan grande. Hermana.
 LINDA. Ya á que la mande Vuestra Alteza, Linda viene.
 ORDOÑO. Favores son que me hacéis.

¿Cómo estáis?
 LINDA. Mucho mejor; porque descuento el amor en los agravios que veis.
 ORDOÑO. ¿Qué ha sido la novedad de la gala?
 LINDA. Venir hoy el Conde y ser yo quien soy, y ya que á la voluntad no le debo esta alegría, á la obligación responde de la venida del Conde por precisa deuda mía; pues hasta agora no puedo negar que el Conde es mi esposo, y entretanto esto es forzoso.
 ORDOÑO. Admirado, Linda, quedo de tu raro entendimiento.
 LINDA. ¡Pluguiera al cielo que fuera menos, porque no supiera tener tanto sentimiento!

ESCENA III

Sale ORTUÑO.—DICHOS.

ORDOÑO. ¿Qué hay de nuevo, Ortún?
 ORTUÑO. Señor, nuevas de que llegará muy presto el Conde, que ya para prevenir mejor su entrada, en la sala adonde le has de dar pública audiencia, con peregrina advertencia que á tu ingenio corresponde, del Conde un criado está una cortina poniendo debajo la cual entiendo que con propósito va de poner de Margarita el retrato hermoso y grave, porque en el punto que acabe la relación, solicita enseñártele con toda aquesta veneración, como á Reina de León. Al fin tu dichosa boda llegue, señor, para bien de tus reinos.
 ORDOÑO. Dios te guarde, Ortún.
 LINDA. Aunque llegan tarde mis albricias para quien tan buenas nuevas ha dado, en todo son de estimar.
 ORDOÑO. ¡Qué valor quiere mostrar!
 LINDA. Toma, y llámame al criado, por que también se las dé. (Le da una sortija.)
 ORTUÑO. ¡Vivas más años que el sol, milagro hermoso español!
 ORDOÑO. Ortún, escucha. (Hablan aparte.)
 BLANCA. No sé si á tan bizarro valor ninguno se ha de igualar.
 ORDOÑO. Esto se ha de hacer sin dar sospechas de mi rigor,

que es importante el secreto, como también el cuidado. Advierte, Ortún, si el criado está en la lista.

- ORTUÑO. A este efeto te entré á hablar; en ella está.
- ORDOÑO. Pues hazle prender.
- ORTUÑO. Yo voy.
- LINDA. Hoy nombre á tu nombre doy con el que valor me da pues que te ayudo con él á la justicia: esa es sola.
- ORDOÑO. ¡Fénix divina española; el oro, el bronce, el laurel digno es de escribir tu nombre solamente!
- LINDA. Y del divino tuyo solamente dino porque la tierra se asombre.

ESCENA IV

Sale LAURO de camino.—DICHOS.

- LAURO. De vuestra Alteza, señor, beso los pies, y los vuestros, señora, pido, también, añadiendo el parabién de los que lo han de ser nuestros, pues llega tan presto el Conde á gozar el bien que aguarda.
- LINDA. Siempre para el alma tarda.
- LAURO. Justamente corresponde, señora, tan gran fineza á la fe, al notable amor con que el Conde, mi señor, idolatra á Vuestra Alteza; aunque ha estado con cuidado de haber visto, y con razón, que á su desembarcación las cartas le hayan faltado.
- LINDA. Falta de salud ha sido. Toma, aunque merecen más, estas nuevas que me das.
- (*Dale una sortija.*)
- LAURO. Guarde, á pesar del olvido, el tiempo, tus verdes años.
- LINDA. Inmortal debo de ser, pues no han tenido poder en mí algunos desengaños para matarme.
- LAURO. Recelo que habla Linda sospechosa.
- LINDA. Margarita ¿es muy hermosa?
- LAURO. Las dos sois soles del suelo. Su beldad es peregrina; en la copia podéis ver que yo he venido á poner debajo de una cortina, en la sala en que Su Alteza al Conde audiencia ha de dar, cuando le llegue á besar la mano.
- LINDA. Tanta belleza merece este aplauso todo.
- ORTUÑO. El Conde ha llegado ya á palacio.
- ORDOÑO. Ven acá;

¿cómo te llamas?

- LINDA. De modo la nueva me ha alborotado, que estoy sin mí de alegría; tanto en la fe pueden más las reliquias que han quedado.
- ORTUÑO. Lauro es el último aquí de la lista.
- ORDOÑO. Ellos vinieron como más menester fueron. Prended á Lauro.
- LAURO. ¡Ay de mí!
- ORDOÑO. Delitos del Conde son en que eres cómplice.
- LAURO. ¡Ah, cielo! No fué vano mi recelo. Señora...
- LINDA. En esta ocasión no te he de poder valer. Llevadle preso.
- LAURO. Sin duda que contra el Conde se muda de la fortuna el poder. (*Lléyanle.*)
- ORTUÑO. Pienso que el Conde está aquí.
- ORDOÑO. Sillas, y despeje, Ortún, toda la gente común que hubiere, y al Conde di adónde está la cortina.
- ORTUÑO. A advertille al Conde voy.
- LINDA. ¡Con qué sobresalto estoy!
- BLANCA. Tiene fuerza peregrina amor, aunque esté ofendido.

ESCENA V

Sale EL CONDE.—DICHOS.

- LISUARD. Dadme á besar vuestros pies.
- LINDA. ¡Ay, alma! ¿Qué es lo que ves?
- ORDOÑO. Seáis, Conde, bien venido. ¿Cómo venis? Levantad.
- LISUARD. Deseando, por los vientos, llegar con los pensamientos á los de la voluntad.
- LINDA. ¡Ay, Blanca! Viendo presente al Conde, con el rigor de la ofensa y del amor tiemblo y ardo juntamente. Mirándole estoy mortal. ¿Posible es que es éste á quien yo llegué á querer tan bien y me ha pagado tan mal?
- BLANCA. Señora: en esta ocasión más valor has de tener.
- LINDA. Forzoso, Blanca, ha de ser.
- LISUARD. Escuchad la relación. Luego que con tu estandarte los cuatro Marinos montes, que al mar les diese obligaron campo de cristal salobre, prósperamente á tu fama, lisonjero al viento entonces de la Coruña á Plemúa en breve tiempo nos pone. Apenas sobre la espuma nos descubrieron las torres, cuando intentaron juntar

dos elementos conformes; porque los alegres fuegos fueron tan grandes, que sobre el agua su ardiente esfera paces juró aquella noche. Aquí pasé algunos días de Enrique esperando el orden, con la cual, desde este puerto, partí á la corte de Londres. Honró mi recibimiento, dando grandeza á la corte, su Príncipe Feduardo con los ingleses conformes. Vine á apearme á Palacio con todo este aplauso, adonde los Reyes nos esperaban en los mismos corredores. Llegué á besalles las manos, y al mismo tiempo se opone á escurecer Margarita los reales esplendores. Besé su mano, y hallé más cristal que vale el orbe; y entre rayos de oro y nácar prodigios de nieve y flores. Levantóme con los brazos de la tierra, y preguntóme por tu salud, juntamente con la de Linda, que gocen largos años estos reinos, y á los Reyes que nos oyen, y que me esperaban, vuelvo y tus cartas doy entonces. Leyéronlas, y contentos, con un sarao me responden donde la beldad inglesa dió hermosas adoraciones. Aposentáronme dentro de Palacio, haciendo pobres las grandezas de Alejandro con varias ostentaciones. Y después de algunos días que conferimos la dote, se firmaron los conciertos de las capitulaciones, y, remitiendo á las cartas lo demás, partí de Londres para embarcarme á Plemúa, que estaba dándome voces el deseo de llegar á ver á Linda, que logren mis esperanzas ausentes el fruto de sus amores. Y para hacerte lisonja, á la partida el Rey dióme de Margarita un retrato á su estatura conforme. Debajo de esta cortina que te descubro se esconde; su gentileza te admire y su hermosura te asombre.

(*Corre la cortina, y está debajo Doña Sol, de peregrina.*)

- ORDOÑO. ¿Es ese, Conde, el retrato?
- LISUARD. ¿Qué es esto, cielos?
- ORDOÑO. ¿Conoces esta mujer?

- LISUARD. ¿Qué suceso tan extraño!
- ORDOÑO. ¿No respondes?
- LISUARD. Señor, sí...
- ORDOÑO. La turbación en el rostro, en las razones, el más abonado ha sido testigo que tienes, Conde, contra ti.
- LISUARD. Señor, señor...
- ORDOÑO. No te disculpes ni ignores que ha de ser contra tal yerro el valor ni el blasón noble parte para que te valgan en culpas que son tan torpes de seguros privilegios y de libres excepciones. Yo te cortaré las alas que tan ciegamente rompen del cielo en ofensa el viento con soberbias presunciones.
- LISUARD. De Vuestra Alteza á los pies postrado...
- ORDOÑO. No paséis, Conde, delante; quedaos y haced cuenta que para que cobre su honor doña Sol no sois hombre tan rico, tan noble, sino el más triste vasallo el más humilde, el más pobre que hay en León; y por vida de mi corona, que tomen en vos todos escarmiento y yo más heroico nombre. (*Vase.*)

ESCENA VI

DICHOS, menos el REY.

- LISUARD. Señora, esposa, mi bien, si de vos no se socorre mi esperanza, estoy perdido. Hablad al Rey, no se enoje sin escucharme.
- LINDA. No sé quién eres, que vienes, Conde, tan diferente, que aun tú pienso que no te conoces. El Rey ha de hacer justicia, que son sus obligaciones; remédiate el cielo. (*Vase.*)

ESCENA VII

DICHOS, menos la INFANTA.

- LISUARD. Blanca, sigue á la Infanta; y pues oye lo que la dices tan bien, con palabras, con razones encarecidas disculpa sus celos, no la apasiones tan á su costa, pues sabe que son de la edad errores, y con halagos al Rey, como puede, desenoje,

porque le temo indignado;
así dulcemente logres
tus esperanzas, así
tengas...

BLANCA. No me atrevo, Conde,
á hablar en ello á la Infanta,
ni ella al Rey, porque conoce
la condición de su hermano.
Busca otros medios que importen.
(Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos BLANCA.

LISUARD. ¿Hay hombre más desdichado?
Sol, templad los arreboles
y serenad los celajes
que vuestros rayos esconden.
Medie el Rey por ti mi culpa,
no pido que la perdones,
que yerros de amor no es mucho
que tu misma luz los dore.
Yo quiero ser tu marido
si de mi mano depones
la acción que tiene la Infanta,
y esclavo tuyo; disponte
á hablar al Rey, porque falto
de su gracia, no sé dónde
tengo segura la vida.

SOL. ¿Qué dices? ¿Qué me respondes?
Que el Rey sabe lo que debe
hacer en esto, conforme
al blasón de la justicia
que mantiene y que dispone,
y que cuando correr vea
tu alevosa sangre, adonde
un verdugo la cabeza
de tu vil garganta corte,
no me hartaré de bebellá;
que de la venganza, Conde,
ha de quedar más sedienta
mi hidrópica sed entonces.
(Quiere irse y la detiene.)

LISUARD. Espera, Sol, no te ausentes
de mí, que no soy la noche
de Noruega, aunque estoy puesto
de tus desdenes al norte.

SOL. ¡Ah, sirena, no me encantes!
¡Aspid libio, no me toques!
¡Basilisco, no me mires!
¡Cocodrilo, no me llores! (Vase.)

LISUARD. Echó la fortuna el sello
á mi desdicha.

ESCENA IX

Salen ORTUÑO y la guarda.—El Conde DON
LISUARD.

ORTUÑO. Daos, Conde,
á prisión.

LISUARD. Ortún, ¿qué dices?

ORTUÑO. Que vengo, Conde, con orden
de llevaros preso; dad
la espada, y paciencia.

LISUARD. ¿A un hombre

como yo, Ortún, se le pide
la espada? ¿A un hombre que sobre
la luna y el sol ha puesto
con tantos hechos su nombre
y el de su rey, manda el Rey
dar la espada, cuyo corte
tanto católico acero
y africano reconoce?
¡Vive Dios!

ORTUÑO. Conde, estas cosas
no se negocian con voces.
Vasallo de Ordoño sois,
y es de vasallos traidores
no obedecer á sus reyes
y á los que los reyes ponen
en su lugar; á esto vengo,
representando su nombre.
Obedecedle, ó mirad
que vienen doscientos hombres
hijosdalgo y caballeros
conmigo, con orden, Conde,
de mataros, si intentáis
defenderos. No provoqué
vuestra cólera la ira,
en tan fuertes ocasiones,
del Rey y de los que vienen
á vuestra prisión.

LISUARD. Bajóme
la fortuna hasta el abismo
de las desdichas, que corren
conmigo tormentas. Ortún,
sobre mi cabeza pone
mi lealtad la orden del Rey;
toma la espada y no tomes
ocasión para decir
que no soy leal.

ORTUÑO. Es, Conde,
esa la mayor cordura
y el mayor valor.

LISUARD. Valores
contra los reyes, no sirven
de más que de agravios. ¿Dónde,
si es lícito el preguntallo,
Ortún, voy preso?

ORTUÑO. A las torres
de palacio.

LISUARD. Vamos, pues;
que no es bien que me congojen
prisiones, pues las desdichas
se hicieron para los hombres. (Vase.)

ESCENA X

Salen XIMENO y el Conde GARCÍ-FERNÁNDEZ.

GARCÍ. ¿Y sabe el Rey que he llegado?

XIMENO. Y llegas, Conde, á León,
á tan famosa ocasión,
que hoy dicen que acompañado
de sus jueces, adonde
está su real consejo,
siendo de otro Numa espejo
asiste al pleito del Conde.

GARCÍ. El nombre de justiciero
le conviene conservar
si quiere Ordoño reinar;
si no, el castellano acero

verá en su vega desnudo,
y el Ezla argentará las manos
de los fuertes castellanos.

XIMENO. De su prudencia no dudo
que sabrá Ordoño acudir
á darte satisfacción.

GARCÍ. O será Troya León;
que no se ha de persuadir
el Conde don Lisuado,
que menos que con la vida
satisface la ofendida
sangre de Lara.

XIMENO. Gallardo
dicen que es el Conde.

GARCÍ. Sí,
y valiente caballero,
que, aunque enemigo, á su acero
no niego el valor que vi
cuando cercando á León
sobre el feudo de Castilla
la castellana cuchilla
temió el sol.

XIMENO. Tienes razón;
que igualó á Marte ese día.

GARCÍ. Pero con esto ha borrado
cuanta opinión ha ganado;
que es vileza y cobardía
que contradice al valor
ofender á una mujer,
y más tan noble.

XIMENO. Al poder,
á la fuerza del amor,
no hay valor, razón ni ley,
porque su furia amenaza
hasta lo invencible.

VOCES. (Dentro.) ¡Plazal
GARCÍ. Debe de salir el Rey.

ESCENA XI

Salen el Rey con memoriales, ORTUÑO y acompaña-
miento.—DICHOS.

ORTUÑO. Todo el Consejo te espera,
y no ha quedado en León
letrado en esta ocasión
á quien la fama venera
que no asista en los estrados
en la defensa y ofensa
del Conde.

ORDOÑO. Poca defensa,
casos tan averiguados
pueden tener.

ORTUÑO. Aquí está
Garcí-Fernández, el Conde
de Castilla.

ORDOÑO. Y corresponde
al valor que tiene.

GARCÍ. Y ya
á besar tus manos llega.

ORDOÑO. Y yo con los brazos, primo,
tantas mercedes estimo;
que cuando más en la vega
de León armado os vi,
jamás, el cielo es testigo,
que de pariente y amigo

la inclinación os perdí.

GARCÍ. La misma, Ordoño valiente,
debe al Conde de Castilla
Vuestra Alteza.

ORDOÑO. La cuchilla
desnuda y resplandeciente
de mi justicia real
verán hoy, como primero,
ayudando á Sol, y espero
hacer mi nombre inmortal.

GARCÍ. La fama, Ordoño, que en esta
edad habéis alcanzado,
en caso tan intrincado
nos promete y manifiesta
que ha de tener el suceso,
que á todos nos esté bien.

ORDOÑO. Hoy quiero, Conde, también,
que á ver del Conde el proceso
asistáis junto conmigo.

GARCÍ. Sois de la justicia espejo.

ORDOÑO. Venid, que me está el Consejo
esperando, Conde amigo. (Vanse.)

ESCENA XII

Sale el Conde DON LISUARD con cadena.

LISUARD. Desdichas, ¿qué me queréis?
¿Qué pretendéis de mí, agravios?
No me persigáis, memorias;
dejadme morir, cuidados.
¿Qué infierno es este que miro
adonde ya, por extraño
y forastero del mundo,
los rayos del sol no alcanzo,
si no son los de las iras
de otro Sol menos avaro,
en correr los paralelos
de las fortunas que paso?
Mas, en parte, ¡oh! Sol hermoso,
muero contento, pensando
que gozando á Sol, di al sol
celos y envidia á sus rayos.
Y si tu desdén supiera
cuánto más me ha enamorado
la posesión, podría ser
que te obligara el milagro.

(Tocan dentro una guitarra.)

Si no me engaño, imagino
que un instrumento han tocado;
músicos deben de ser
del terrero de Palacio,
que, al silencio de la noche,
fia sus ansias cantando
algún amante. A tocar
vuelven, ¡qué ocioso cuidado!

VOCES. (Dentro cantan.)

«Preso tienen al buen Conde,
al Conde Don Lisuado,
porque forzó una romera
camino de Santiago.
La romera es de linaje;
ante el rey se ha querellado,
mándale prender el rey
sin escuchar su descargo.»

LISUARD. ¿Tan públicamente cantan

VOCES. mi desdicha? ¡Extraño caso!
Quiero escuchar, que imagino
que prosiguen con el canto.
(Cantan.)
«La prisión que le da el rey
son las torres de palacio,
que compiten con el cielo
y confinan con sus cuartos.
Las guardas que el Conde tiene
todos eran hijosdalgo;
treinta le guardan de día
y de noche treinta y cuatro.
Ya levantan para el Conde
en la plaza su cadahalso,
y para los delincuentes
hay dos horcas á los lados.»

ESCENA XIII

Asómase RELOX á lo más alto, preso con un tocador
en cuerpo.—DICHOS.

RELOX. Cante otra vez, ruego á Dios,
en galeras el bellaco
que la historia gargantea
del Conde Don Lisuardo;
por lo que me toca á mí,
que soy su menor criado,
por las nuevas de las horcas
y albricias de cadahalso.
¡Quién pudiera desde aquí,
músico de los diablos,
tirarte una almena!

LISUARD. ¡Ah, cielos!

RELOX. Aquí abajo se han quejado.
¿Si fué del Conde el suspiro,
que, según lo que han cantado,
debe de estar preso aquí?

LISUARD. Quiero sabello. ¿Ah de abajo?

RELOX. Pienso que de las almenas
de este homenaje llamaron.

LISUARD. ¿Conde, mi señor?

RELOX. ¿Quién es?

LISUARD. ¿Quién en este campanario
puede estar, que no sea tordo
ó reloj?

RELOX. Relox, hermano.

LISUARD. ¿Ahí estás preso?

RELOX. Señor,
dos meses ha que aquí paso,
con arañas y ratones
notables casos y es harto
tener narices y orejas
á las horas que te hablo.

¿Qué hay del mundo por allá?

Que hasta ahora que he escuchado
tu suceso infausto y triste
cantar á este mentecato
músico de Bercebú,
que otra vez cante á Pilatos,
no supe que estabas preso
en las torres de Palacio.

LISUARD. Apenas á ver el cielo
á esta plaza de armas salgo
esta noche, cuando escucho
también de mi muerte el cuándo.

RELOX. También me ha cabido á mí
un poco de horca; no vamos
muy lejos uno de otro;
pero yo estoy consolado
con que, en efecto, con esta
postrera carta de pago
han acabado conmigo
alguaciles y escribanos.
Que salir del susodicho
no será el menor descanso
que puede alcanzar con Dios
un delincuente lacayo.
Que me he visto en las parrillas
de un potro, pasando el trago
más agrio que pasar puede
un cómplice sagitario;
que, á no valerme la lengua,
hoy era, por mis pecados,
cecina de la justicia.

LISUARD. ¡Cómol!

RELOX. Confesé de plano.

LISUARD. No esperé menos de ti.

RELOX. Ni yo.

LISUARD. En efeto, villano.

RELOX. Luego vi, en siendo Relox,
que habían de hacerme cuartos,
aunque me importa primero,
no estando desde tan alto,
si es posible hacer contigo
de mi conciencia un descargo.

LISUARD. Pues descuélgate si puedes
á esta plaza de armas.

RELOX. Tanto

lo deseo, que he de hacer
escala de los pedazos
de dos mantas, donde he sido
siete durmiente empanado.

LISUARD. La traza mejor elige,
y baja, Relox.

RELOX. Ya bajo,
aunque al turco se lo usurpe. (Vase.)

ESCENA XIV

El Conde Don Lisuardo, solo.

Cuanto por mí está pasando
parece sueño: ¿si estoy
despierto, si durmiendo acaso?
Durmiendo debo de estar,
aunque yo sé que me engaño,
porque solamente sueña
la desdicha un desdichado.

ESCENA XV

RELOX.—DICHOS.

RELOX. Gracias al cielo que llego
á verte.

LISUARD. Dame los brazos,
que estoy alegre de verte,
puesto que me has condenado.

RELOX. Confieso, Conde, que soy
para tormentos muy flaco,

ESCENA XVI

Salte BLANCA con una vela y la INFANTA con una
llave.—DICHOS.

LINDA. Conde, yo soy;
no os turbéis, que vengo á daros
la vida por esta puerta
que he abierto ahora en el cuarto
del rey mi hermano, con esta
llave maestra. He intentado
que me debáis por postrero
bien el de la vida.

LISUARD. Tanto
os debo, que no imagino
con muchas poder pagaros.

RELOX. Dejando á una parte ahora
las ceremonias, mi hermano,
con todo el real consejo,
á muerte os ha condenado,
que puesto que los jueces
y todos cuantos letrados
tiene León, se conforman
en que pudierais casaros
con Sol, porque las palabras
que nos dimos y las manos
fueron de tiempo futuro
y sirvieron de un contrato
no más, por sólo el decoro
que se debe al soberano
nombre de hermana de un rey,
manda por razón de estado
que muráis, satisfaciendo
también con esto al agravio
de doña Sol; no esperéis
más, que amanece y los rayos
del sol pueden ser espías
del que dejáis agraviado.
Esa pesada cadena
recoged entre los brazos
y caminad, que en el parque
hallaréis, Conde, un caballo
que, corriendo, con el viento
compita para escaparos.
Sueldo os dará el cordobés
rey ó el moro sevillano
con que paséis, y adiós, Conde.

LISUARD. Dadme á besar esas manos.

LINDA. Conde, esto basta; partíos,
que la piedad me ha obligado
de haber llegado á tener
nombre de vuestra.

LISUARD. Yo parto
sin alma á escapar la vida.

LINDA. Hasta salir de Palacio
tendréis quien os guíe; adiós.

LISUARD. Adiós.

RELOX. Yo sigo tus pasos
y azoto las ancas, Conde,
de ese hipógrifo, pues hago
de motilón delincuente
la figura.

LISUARD. Relox, vamos. (Vanse.)

y que jamás en mi vida
de robusto me he preciado.
Pero ya que nací al mundo
con estrella de ahorcado,
un escrúpulo en tu amor
te he de revelar.

LISUARD. Di.

RELOX. Cuando

te partiste de León
á Ingalaterra, me echaron
para ti, desde unas tejas,
de las bellísimas manos
de Linda, una banda verde,
de cuya ocasión gozando
un hidalgo forastero,
que en lo soberbio y bizarro,
en lo atrevido, en lo airoso
me pareció castellano,
me la arrebató en el viento,
diciéndome que á mi amo
le dijese cómo un hombre
de más valor, de más altos
merecimientos y prendas,
celoso y enamorado
me la quitaba, y que aquellos
favores tan soberanos
merecellos no podía
un caballero, un vasallo
como tú, menos que siendo
monarca, como Alejandro,
del mundo, ó Garcí-Fernández,
Conde de Castilla.

LISUARD. ¡Extraño
suceso! ¿Hay más?

RELOX. Más.

LISUARD. ¿Qué más?

RELOX. ¿Qué más? Que yo di dos pasos,
y, requiriendo la espada,
puesta en el puño la mano,
le advertí que le dejaba
con ella, y me fui, callando
hasta ahora, por no darte
pesadumbre, y procurando
satisfacer mi conciencia,
te lo digo al postrer paso.

LISUARD. ¡A buen tiempo, vive Dios,
que estoy por darte, villano!...

RELOX. ¿De qué te enojas? ¿Habías,
yendo entonces caminando,
de matalle por poderes?

LISUARD. No; mas pudiera el agravio
á León volverme entonces;
que las señas que me has dado
de Garcí-Fernández son,
Conde de Castilla, bravo
pretendiente de la Infanta,
que celoso y despechado
quiso empeñarme con esa
bizarria.

RELOX. Es temerario;
un jayán me pareció.

LISUARD. Es siempre el miedo muy alto.

RELOX. Pienso que ahora han abierto
una puerta, y siento pasos.

LISUARD. Los de mi muerte serán,
pues que la estoy esperando.
¿Qué es eso?

RELOX. Es siempre el miedo muy alto.

LISUARD. Pienso que ahora han abierto
una puerta, y siento pasos.

RELOX. Los de mi muerte serán,
pues que la estoy esperando.
¿Qué es eso?

ESCENA XVII

Salen PELAYO y BERMUDO.

PELAYO. Tanto al decoro del Rey se debe, que declarando que el de la Infanta no ha sido matrimonio, han sentenciado á muerte al Conde, y levantan en la plaza el cadahalso.

BERMUDO. No puede haber sucedido jamás tan notable caso.

PELAYO. Con esto queda también satisfecho el agraviado honor de Sol, la opinión de Ordoño inmortalizando.

BERMUDO. Espectáculo espantoso ha de ser.

PELAYO. ¡Qué alborotado por el caso está León! Y es tan general el llanto de los hombres y mujeres, que en el lamentable aplauso se conoce lo que quieren al Conde don Lisuardo.

BERMUDO. Era de todos bien querido por valiente y cortesano.

PELAYO. Corriendo va el vulgo vario de la ciudad á los muros.

ESCENA XVIII

Sale FAVILA. — Dichos.

BERMUDO. Favila: ¿qué es esto?

FAVILA. Un raro suceso.

BERMUDO. ¿Cómo?

FAVILA.

Escuchad.

A notificar entrando, á don Lisuardo, el Conde, la sentencia el secretario, alborotado volvió, al rey de no haberle hallado en la prisión, sin saber quién pudo ponerle en salvo. Garcí-Fernández, el Conde de Castilla, imaginando que de la Infanta ó del Rey ha sido caso pensado, en la vega de León, con cuatro mil castellanos que trujo para este efecto de escolta en abierto campo, desafió al rey y á todos cuantos en aqueste caso han intervenido, deudos y amigos del Conde, estando de sol á sol en la Vega. Después de habelle retado de cobarde, si no acude en aqueste mismo plazo á volver por su opinión el Conde don Lisuardo. Pienso que Ordoño, sin duda,

pues es su igual, saldrá al campo con el Conde de Castilla, porque tiene de bizarro y de valeroso Ordoño en las ocasiones, tanto como de rey justiciero.

PELAYO. A ver este asombro vamos.

ESCENA XIX

Toquen. Salen XIMENO, con bastón, y luego EL CONDE armado, y por otra parte ORDOÑO armado y ORTUÑO con bastón. Doña SOL armada, y por otra puerta LA INFANTA, armada, con la banda verde por el rostro, y Doña SOL con otra, y BLANCA y URRACA con bastones.

ORDOÑO. Conde de Castilla: ya tienes á Ordoño en el campo, que no es la primera vez que en él me ve el sol armado. Bien sabe el cielo que estoy libre de lo que imputando me estás sin razón; mas debo salir, Conde, como salgo, á tu desafío, viendo que eres mi igual; aquí estamos, resuélvete, que en la espada la mano puesta te aguardo.

GARCI. Ordoño: ya ves que estoy en la defensa empeñado de doña Sol, y no puedo volver á Burgos dejando sin satisfacer su honor; y el Conde don Lisuardo faltando, es razón que tú me des, Ordoño, en tal caso, por él la satisfacción.

SOL. Y yo también á tu lado, Conde, con aquel valor que tengo de Lara, aguardo á la Infanta de León; porque no hay duda que ha dado ella libertad al Conde, á costa de mis agravios, y así la reto y la obligo, viéndome armada en el campo, que salga á satisfacerme con las armas en la mano.

BLANCA. Doña Sol: á responderte dos damas de su palacio por Linda vienen; espera que el Rey y el Conde hagan campo, que luego vernos podrás á las dos aquí.

ORDOÑO. ¿Qué estamos esperando?

GARCI. Que nos partan el campo y el sol.

ORDOÑO. Ya tasco espuma y cólera, como suele el andaluz caballo, cuando escucha la trompeta por ver los aceros blancos dando reflejos al día y apurándole al sol rayos.

ESCENA XX

Sale DON LISUARDO armado, y RELOX con bastón.

LISUARD. Aguarda, Garcí Fernández, que ya va don Lisuardo, y el sol, Conde de Castilla, aún no ha llegado al ocaso.

GARCI. ¡Notable valor!

LISUARD. Aquí me tienes ya, castellano; que el valor más que el peligro conmigo ha podido tanto que, habiéndome dado Linda, por una puerta del cuarto de Ordoño libertad hoy con piadoso pecho humano, y sabiendo en el camino que me retabas llamando á mi rey á desafío, venciendo por el agravio con el honor el temor de la muerte, desarmando un soldado de los tuyos que hallé en el Ezla apartado de su cuartel, me presento antes que se haya ausentado el sol á volver por mí, como quien soy, disculpando á mi rey, y juntamente á cobrar determinado vengo una banda que tienes contra mi gusto, pensando que era tan sufrido yo como he sido desdichado. Soberbio vienes.

GARCI. Resuelto dirás mejor.

GARCI. Tan bizarro no te imaginé jamás.

LISUARD. Pues has estado engañado; que esto que ves es lo menos que parezco.

GARCI. ¿Qué aguardamos á palabras si hay aceros?

LISUARD. Eso es lo mismo que aguardo.

LINDA. Deteneos, y pues es aquesta banda que traigo

por los ojos la que dice, quiero volverla á su mano del Conde, con esta mía de esposa, porque en el campo defenderla mejor pueda del Conde don Lisuardo; que pues está declarada la nulidad y han estado prendas mías en poder del de Castilla esperando esta elección, lo que he hecho será al gusto de mi hermano, que si repara en que di la mano á don Lisuardo, para besar cada día la doy á cualquier vasallo. Acuda á su obligación, como es razón, entretanto que del Conde de Castilla soy mujer.

GARCI. Yo soy tu esclavo.

LISUARD. Yo, hermosa Sol, si merezco la tuya, digo otro tanto.

SOL. Tuya soy.

ORDOÑO. Heroicamente, Linda, el pleito has sentenciado; dadme, Conde de Castilla, los brazos.

GARCI. Siempre mis brazos han de estar á tu servicio con eterna amistad.

LISUARD. Danos tus manos á mí y á Sol.

ORDOÑO. Quiero también abrazaros.

RELOX. ¿No sobrará para mí algún codo de un abrazo, pues soy de los delincuentes que se han vuelto á Dios?

ORDOÑO. A Lauro,

á Ramiro y á Fruela, que están en esto culpados, haré contigo merced.

RELOX. Vivas tres hanegas de años.

ORDOÑO. Vamos á León.

LISUARD. Con esto da fin, dichoso senado, para fines más dichosos LA ROMERA DE SANTIAGO.